

otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde D. Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenian la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendría por señor. D. Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba sería cuando D. Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, en especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un Labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderial de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los

pies en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba, y apenas las hubo oido, cuando dijo: Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un Labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decía: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el ható. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo. El Labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada día me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote: por el sol que nos alumbrá, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatado luego. El Labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debía su amo. El dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta D. Quijote, y halló que montaba sesenta y tres reales, y dijole al Labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis roto el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado; así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, mas? ¡Mal año! no, señor, ni por pienso, porque en viéndose

solo, me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que he recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudo puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el Labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro, y aun sahumerios. Del sahumerio os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales; que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con mas véras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el Labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volviéndose á su criado Andres, y dijole: Venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el Labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiéro acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decía el Labrador, al desfacedor de agravios, veréis cómo no desfaze aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso D. Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo; y desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote. El cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual como todo el mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería, y hoy ha deshecho el ma-

yor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballería. Y habiendo andado como dos millas, descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apenas los divisó D. Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oír, levantó D. Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extraña figura del que las decía; y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño: mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno de ellos, que era un poco burlo y muy mucho discreto, le dijo: Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decis; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó D. Quijote, ¿qué hiciéades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengais uno á uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oída, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato desa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedarémos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado. Y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced dirémos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió D. Qui-

jote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, si no mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podia, estaba diciendo: Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines, que tal le parecían. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual después que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del marques de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y así con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estás, señora mia, | O no lo sabes, señora;
Que no te duele mi mal? | O eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

O noble marques de Mantua,
Mi tío y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso, acertó

á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. D. Quijote creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua, su tío, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del emperante, con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba echa padazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo, y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: Señor Quijada (que así se debía de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosega. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo bien pensativo de oír los disparates que D. Quijote decia; y no ménos iba D. Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos; porque en aquel punto, olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarraez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió y llevó preso á su alcaidía. De suerte, que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo por excusar el enfado que D. Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de la cual dijo: Sepa vuestra merced, señor D. Rodrigo de Narvaez; que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballería que se han visto, vean ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, ¿pecador de mí! que yo no soy D. Rodrigo de Narvaez, ni el marques de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino, ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quién soy, respondió D. Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochea; pero el labrador aguardó á que fuese

algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo y en casa de D. Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de D. Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parecen él ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¿Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio, que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: Sepa, señor maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las heridas que habia recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, por que no dén ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate mis heridas. Mirá en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazón, del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Llévaronle luego á la cama, y catándole las heridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Ro-

cinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á D. Quijote. El se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolas, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rintero dellos y pegarlos fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el cura: Parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No, señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo

que creo, son del mismo linaje de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendrú, si anduviera en figura de caballero andante. Dese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*. El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de flores*, y en verdad que no sépa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor menos mentiroso: solo sé decir, que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó al cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El caballero Platir*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompaña á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dijo: este es *Espejo de Caballerías*. Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldós de Montalban, con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entenderades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, excetuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palme-*

rin de Ingalaterra, lo cual visto por el licenciado, dijo: Esa *Oliva* se haga luego rajás y se quemé, que aun no queden della las cenizas; y esa *Palma* de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio, las razones cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolas, que este y *Amadis de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia; para lo cual se les da térmimo ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Váleme Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempo. Aquí está D. Quirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen, y mueren en sus camas y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto del os he dicho. Así será, respondió el barbero; pero ¿qué harémos destes pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería, sino de poesía; y abriendo uno vió que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay, señor! dijo la sobrina, bien

los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerésca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*; y esotro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro: *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Hederes* y *Desengaño de celos*. Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar. Este que viene es *El pastor de Filida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero: *Tesoro de varias poetas*. Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *El cancionero* de Lopez Maldonado. Tambien el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea* de Miguel de Cervantes, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana*, de D. Alonso de Er-

cilla; *La Austriada*, de Juan Rufo, Jurado de Córdoba; y *el Monserrate*, de Cristóbal de Virnés, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen, pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se cree que fuéron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea* y *Leon de Espana*, con los hechos del emperador, compuestos por D. Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á D. Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está malferido. Ferido no, dijo D. Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaria yo Reinaldo de Montalban, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamientos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entónces para el mal de su amigo,